

El acompañamiento en la pastoral con jóvenes

.....
EQUIPO DE CONTENIDOS | ESCUELA DE PASTORAL CON JÓVENES

acom
pañ-
arte



xv escuela
de pastoral
con jóvenes

#epj2016

Escuela de Pastoral con Jóvenes | 1

*“Escalar una montaña desconocida sin guía,
es un riesgo, que puede costarnos la vida”*

(Thomas Merton)

Para preparar la “XIV Escuela de Pastoral con jóvenes” hemos querido ser fieles a los criterios que propone nuestra Carta de identidad: eclesialidad, originalidad e implicación. Atendiendo a estos criterios nos hemos organizado en sendos equipos de trabajo, uno de los cuales, formado por sacerdotes y laicos, tiene la encomienda de ofrecer algunas reflexiones sobre qué entendemos por el “acompañamiento en la pastoral con jóvenes”. En este documento recogemos el resultado de nuestras reflexiones. Nos gustaría que pudieran servir de inspiración para la puesta en punto de la “XIV Escuela de Pastoral con jóvenes”.

Protagonismo y diversidad de conceptos

Desde nuestro primer encuentro hemos constatado el protagonismo que el acompañamiento pastoral está adquiriendo en nuestros proyectos tanto a nivel teórico como práctico. Pero, también ha llamado nuestra atención ver que manejamos conceptos distintos cuando hablamos de acompañamiento. Con esta palabra decimos cosas muy distintas. Por este protagonismo, y por la diversidad de significados que manejamos, nos ha parecido oportuno reflexionar sobre este tema.

Antes de presentar los contenidos de nuestra reflexión nos hemos detenido en poner un marco para encuadrar nuestro trabajo, y para ello hemos preguntado cómo debemos enfocar este tema y qué queremos acompañar.

Enfocar el acompañamiento pastoral

¿Cómo enfocar este tema? Nos hemos inspirado en la sugerente imagen de un árbol que da frutos abundantes. Siguiendo esta imagen, fijamos nuestra atención en un árbol asentado en el suelo, con raíces poderosas, que da frutos en sus ramas porque a través del tronco llega savia hasta ellas.

La imagen de un árbol que da frutos nos invita a enfocar este complejo tema desde distintas perspectivas: fenomenológica (el suelo donde nos asentamos); bíblica (las raíces que nos alimentan); histórica (el tronco por donde fluye la savia); pastoral y espiritual (las ramas donde cuelgan buenos frutos).

Queremos acompañar toda la vida

¿Qué queremos acompañar? Somos ambiciosos cuando respondemos a esta pregunta diciendo que en pastoral juvenil queremos acompañar la vida, toda la vida, de los adolescentes y de los jóvenes.

En nuestra acción pastoral acompañamos la vida del joven en su conjunto desde sus instancias más externas a las más internas. Pero nuestra intención es llegar a lo íntimo de la persona porque la individuación es uno de los signos de los tiempos. Por eso afirmamos que la personalización marca una potente dirección al trabajo pastoral. La personalización es el vector de la pastoral juvenil en una sociedad plural y posmoderna.

Es cierto que queremos acompañar toda la vida del joven, desde lo íntimo hasta lo más externo, pero porque estamos convencidos que en una persona “todo repercute en todo”, queremos acompañar también la vida de grupo, el ambiente pastoral, el ámbito familiar.

“Por acompañamiento pastoral entendemos las acciones que procuran que la pastoral sea fiel continuadora de la misión de Jesucristo tal como nos ha sido encomendada; para ello se necesita la articulación realista de mediaciones pastorales, los objetivos propuestos y la corresponsabilidad. El acompañamiento conlleva niveles distintos: acompañamiento personal, de grupos, de agentes, de estructuras pastorales, de proyectos” (Jesús Sastre).

1. *El suelo donde nos asentamos*

Una vez puesto el marco fijamos nuestra atención en las acciones que realizamos en nuestra acción pastoral con los jóvenes y, en concreto, observamos el acompañamiento que ofrecemos y realizamos. A este momento de nuestra reflexión lo hemos llamado “fenomenológico”. No hemos encontrado una palabra mejor para explicar lo que queremos decir. Cuando usamos la palabra “fenomenológico” nos referimos al ejercicio de describir lo que vemos y dejar hablar a aquello que observamos.

Partimos de la convicción de que cada época cultiva sus sueños, dibuja sus imágenes y pronuncia algunas palabras preferidas. Hoy también los hombres y mujeres de nuestro tiempo tienen sueños, gustan de imágenes y se encuentran más a gusto con algunas palabras. Entre las palabras preferidas de nuestra época ocupa un lugar particular la palabra “acompañar”. Los padres quieren acompañar a sus hijos, los amigos a sus colegas, los educadores a sus alumnos, los pastores a sus fieles, los políticos a la sociedad, un “coach” a quien busca su ayuda.

Detrás de toda palabra hay significados diversos. ¿Qué significados se sustancian en la palabra acompañar? Desde nuestro punto de vista alrededor de esta palabra hay una constelación de significados: escuchar, proponer, cuidar, educar, formar, caminar juntos, aconsejar, animar, orientar.

Dificultades

Si alrededor de la palabra acompañar encontramos tantos significados es normal que nos sintamos confusos. Somos consciente de que podemos correr el peligro de que la palabra acompañar se convierta en una palabra plastilina: palabras que se estiran, se alargan, se encogen, sirven para todo y no sirven para nada. Es necesario precisar qué entendemos por acompañar o por acompañamiento.

La palabra acompañamiento queda más clara cuando va acompañada de un adjetivo. Hablamos de acompañamiento personal, pedagógico, grupal, terapéutico, espiritual, vocacional... Cada uno de estos acompañamientos tiene su propia finalidad, objetivos, metodología y estilo. Pero en todos ellos encontramos algunos rasgos comunes: la persona del acompañado está en el centro; se establece una relación de cercanía y de ayuda entre el acompañante y el acompañado.

Oportunidades

También vemos no pocas oportunidades. En concreto, destacamos la importancia que, a pesar de su ambigüedad, tiene hoy la espiritualidad, y también el valor que adquiere el acompañamiento en nuestra acción pastoral.

El proceso de secularización en el que, desde hace mucho tiempo, se encuentran las sociedades modernas puso en valor en un primer momento los aspectos humanos del acompañamiento, hoy, en una nueva etapa de este proceso, se están poniendo en valor también aspectos espirituales. La pastoral juvenil no es ajena a este proceso y ha incorporado este dinamismo en sus propuestas. Es cierto que este fenómeno no está exento de ambigüedad y, por eso, es urgente una pastoral juvenil enraizada en el Evangelio y en la tradición espiritual y educativa de la Iglesia.

Por todo ello, constatamos que el acompañamiento es un valor en alza dentro de un modelo pastoral que busca engendrar la vida cristiana en las jóvenes generaciones. Estamos convencidos que el modelo pastoral que desarrollamos en pastoral juvenil necesita poner en valor el acompañamiento de manera que pueda desarrollar todo su dinamismo pastoral. En concreto, debemos situarnos en el modelo de pastoral juvenil que dibuja la exhortación post-sinodal *Evangelii Gaudium*, donde el Papa Francisco ha dibujado un programa para la Iglesia en este momento de la historia.

Entre otras cosas, el Papa Francisco afirma que “desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón”(EG 262).

2. Las raíces que nos alimentan

Si en el primer punto hemos fijado nuestra atención en las dificultades y en las oportunidades que trae el acompañamiento pastoral, en este segundo momento buscaremos sus raíces profundas. Para ello nos dejamos iluminar por la Escritura donde podemos ver a un Dios que acompaña a su pueblo, a Jesús acompañante de sus discípulos, al Espíritu Santo que acompaña a la Iglesia y a cada hombre y mujer a lo largo de la historia. En la misma Escritura, y gracias al mandato que ha recibido de su Señor, vemos a la Iglesia, y en ella a los discípulos de Jesús, dispuestos a acompañar la vida de las comunidades y de las personas.

2.1. ***Dios acompaña a su pueblo***

Ya en el libro del Génesis, donde se presenta a Dios como Creador del universo, y donde se habla del Dios de la Alianza y de las promesas, vemos que Dios mismo acompaña a Abraham, Isaac, Jacob, José. El Génesis habla de un Dios cercano que crea al hombre y a la mujer y no los abandona sino que los sigue de cerca cada día. Dios gusta acompañar dialogando con el ser humano. Dios habla, el hombre escucha y responde a Dios.

Avanzando en la Escritura, en el libro del Éxodo Dios se presenta como el liberador de Israel que salva a su pueblo de la esclavitud de Egipto, y lo acompaña pedagógicamente por el camino que lo llevará no sin dificultades hasta la tierra de Caná. El Dios que confiesa Israel es un Dios al que el pueblo invoca cuando se encuentra abatido, es un Dios que escucha su lamento y viene a ayudarlo. Esta era la experiencia fundamental del pueblo de Israel: Dios compasivo que se hace cercano para librar al pueblo y acompañarlo por sus caminos.

Este es el mismo Dios que está junto su pueblo en el destierro de Babilonia y que acompaña a este pueblo, por mediación del pagano Ciro, en el regreso a Israel. Dios saca al hombre de los lugares donde se encuentra perdido y lo lleva a un lugar de promisión. De una manera particular, Dios acompaña al pueblo mediante los profetas quienes manifiestan el mensaje de Dios al pueblo. Dios, en los profetas, sigue hablando al pueblo, y el hombre escucha y responde. La historia de Dios con el pueblo es la historia de un diálogo.

Una de las características de esta manera de hacer de Dios es que educa acompañando. Podemos entender la Escritura como el proceso de educación de un pueblo al que Dios escogió desde niño (Os 11, 1-4) y al que educa acompañando. Yahvé, tu Dios, te conduce a una espléndida tierra (Dt 8,7). La cercanía de Dios se llamará nube en el éxodo, poder en las batallas, profeta en el destierro, Jesús en la plenitud, pero siempre será cuidado y atención. Siempre indicará una ruta y abrirá un horizonte: Yahvé tu Dios pasará delante de ti (Dt 9,3). El proceso educativo de Dios llega a su punto culminante con Jesucristo. En Jesús, Dios se hace definitivamente cercano y se muestra el compañero del camino de la humanidad.

2.2. ***Jesús acompañante***

Dios acompaña al hombre a través de su Hijo Jesús. “Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien nombró heredero de todo, por quien creó el universo” (Hebreos 1, 1).

Cuando leemos el Evangelio llama nuestra atención ver a Jesús recorriendo pueblos y aldeas sanando y enseñando (Lc. 13, 22). Por estos caminos iba acompañado por sus discípulos, y también por pecadores, pobres, mujeres, niños, enfermos y gentes de corazón roto. Iba enseñando los misterios del Reino utilizando parábolas donde proponía una pedagogía realista y popular.

Jesús se presentó como un maestro humilde y sencillo de corazón (Mt 11,28). Entre él y la gente sencilla del pueblo no se estableció distancia alguna. En la Escritura vemos a Jesús escuchando, caminando, enseñando, impulsando sin imponer. El magisterio de Jesús se realiza acompañando.

Y este magisterio se rige por el principio de la encarnación. No son los discípulos los que ascienden hasta Jesús sino que es Él quien se abaja. Jesús es un maestro que entiende la debilidad de sus discípulos, se sienta a la mesa de los pecadores, siente compasión por el dolor de quien

sufre y por el hambre de las multitudes. Jesús enseñó desde la cercanía del pueblo.

De entre los muchos ejemplos donde podemos ver el acompañamiento que Jesús hizo a sus discípulos proponemos dos que creemos son paradigmáticos. San Juan en su evangelio presenta a Jesús acompañando a una mujer samaritana junto a un pozo en Sicar. Utilizando el lenguaje del Papa Francisco podríamos decir que aquella mujer vivía en las periferias existenciales. Jesús se acercó a ella. En este encuentro Jesús toma la iniciativa, rompe prejuicios para poder adentrarse en el misterio que encierra aquella mujer, la ayuda a descubrir qué está viviendo y a desear algo más, intenta conseguir que adquiera nuevas actitudes. Jesús utiliza con ella la pedagogía del diálogo y del deseo. En su diálogo, Jesús comienza con aspectos humanos y termina presentando valores teocéntricos, es decir, presenta su propio misterio de Hijo de Dios, quien saciará su sed.

El otro ejemplo lo tomamos del evangelio de San Lucas. Estamos hablando del encuentro de Jesús con dos discípulos desolados que iban camino de Emaús después de los acontecimientos del viernes santo. Mientras conversaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos. Sale a su encuentro en el camino. Él toma la iniciativa pero no se hace el protagonista del diálogo. No les reprende por su desánimo sino que se interesa por la triste situación que viven. Se pone al servicio de sus sentimientos. Parte de la vida, de su realidad, de lo que viven. Jesús propicia nuevos lugares de encuentro: el camino, la Palabra, la mesa, el corazón. El proceso de la fe es un largo camino. Se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero Él desapareció. El proceso del acompañamiento y de ver en lo profundo ha sido largo. La razón busca pero quien verdaderamente encuentra es el corazón. Jesús desaparece, pero queda para siempre en los corazones de sus discípulos.

2.3. *El Espíritu Santo acompaña a la Iglesia*

“Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella,..., para colocarla ante sí gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (Ef. 5, 25-27). Para hacerla hermosa y atrayente envió su Espíritu Santo que acompaña a la Iglesia por los caminos de la historia. El Espíritu Santo es el gran don de Dios a la Iglesia. El Espíritu Santo es el verdadero acompañante y guía de la Iglesia y del pueblo santo de Dios.

El Espíritu realiza una triple función: Él es el consolador durante el tiempo de la ausencia física de Jesús y alimenta la espera de la Iglesia; Él es el abogado en nuestra lucha contra el pecado personal y social; Él es el maestro que nos recuerda las palabras de Cristo y nos revela Su persona.

“Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por su cuenta sino que dirá lo que oye y os anunciará el futuro. Él me dará gloria porque recibirá de lo mío y os lo explicará” (Juan 16, 13-15). Gracias a este encargo, el Espíritu enriquece a la iglesia con carismas y ministerios, que hacen de ella: una comunidad viva y dinámica, abierta y acogedora; una comunidad que vive la pasión por la vida, la libertad, la justicia, la paz, la solidaridad; una comunidad que es fermento de esperanza para la sociedad; una comunidad que acompaña a la humanidad hasta la nueva Jerusalén.

En esta Iglesia ocupa un lugar único y privilegiado la madre de Jesús. La Escritura deja claro cómo acompañó María a su hijo Jesús en la vida oculta de Nazaret, en el inicio de su misión en Caná de Galilea, en la cruz estando presente junto al discípulo amado. En los Hechos de los Apóstoles podemos ver cómo María acompañó a los discípulos reunidos en la oración, a la primera comunidad en Pentecostés cuando el Espíritu Santo impulsó la misión. María, por en-

cargo de Jesús en la misma cruz, acompaña a todo hombre y toda mujer, que saben que tienen en ella una madre y una maestra en la vida y en la fe. Este acompañamiento que hace María ha guiado a muchos cristianos a lo largo de la historia.

En esta Iglesia los discípulos de Jesús también acompañan a otros discípulos. Ellos habían sido acompañados por Jesús y acompañan a otros discípulos. La historia de la Iglesia está formada por una cadena ininterrumpida de acompañamiento. De los muchos testimonios que podemos encontrar en la Escritura recogemos dos tomados del libro de los Hechos de los apóstoles.

Un cristiano de Damasco, Ananías, recibe el encargo del mismo Jesús de buscar y acompañar a Pablo, conocido perseguidor del nuevo camino, hasta el bautismo y la fe en Jesús. “Hermano (dice Ananías a Saulo), me envía el Señor Jesús, el que se te apareció cuando venías, para que recobres la vista y te llenes de Espíritu Santo” (Hch. 9, 17).

Felipe, uno de los doce apóstoles de Jesús, huía de Jerusalén por el camino que va a Gaza, en este camino se encontró con un eunuco, ministro de la reina de Candaces, a quién se acercó, escuchó, iluminó con la Palabra, bautizó, y dejó seguir su propio camino.

3. *El tronco por donde fluye la savia*

El acompañamiento que tiene sus raíces profundas en la manera de hacer de Dios es el mismo camino que la Iglesia ha seguido a lo largo de su historia con pedagogía y hospitalidad. En estas reflexiones no pretendemos hacer un estudio de la evolución que el acompañamiento pastoral ha tenido en la historia de la Iglesia. Nuestro objetivo es más sencillo y, en este sentido, solo queremos destacar algunos trazos de esta historia, subrayando el magisterio que recibimos de los últimos Papas sobre este tema.

3.1. *El acompañamiento pastoral en la tradición de la Iglesia*

Desde los primeros momentos de su historia, la Iglesia expresó su vida mediante algunas acciones como son el anuncio del Evangelio, la vida de las comunidades, la alabanza y celebración litúrgica, el testimonio y el compromiso con los valores evangélicos. El Espíritu Santo suscitó carismas y ministerios para llevar adelante estas funciones y acciones eclesiales.

Uno de estos carismas es el de los catequistas. En los primeros siglos a los catequistas les llamaban mistagogos. Mistagogía es un término griego que, literalmente, significa iniciación en los misterios. Mistagogo sería aquél que, de una forma pedagógica, introduce en la experiencia del misterio de Dios. El proceso pedagógico de orientar y ayudar a crecer requiere de mediadores humildes que sean expertos en humanidad y en lo que acontece en el mundo interior entre Dios y la persona, maestros de espíritu. Pedagogía y experiencia del misterio de Dios son los raíles donde los mistagogos sitúan sus intervenciones.

Durante muchos siglos los cristianos que habían sido iniciados en la vida cristiana alimentaban su fe fundamentalmente mediante la liturgia y las fiestas religiosas. Algunos cristianos (sacerdotes, religiosos, seglares) por su testimonio, coherencia o sabiduría eran reconocidos como maestros de espíritu. A ellos acudían quienes querían progresar de manera particular en la fe. El carisma que habían recibido los maestros de espíritu les posibilitaba acompañar pedagógicamente mediante enseñanzas llenas de sabiduría recogidas desde su propia experiencia personal.

De esta manera surge el acompañamiento espiritual que ha tenido tanta importancia en la historia de la Iglesia y que ha estado unido a importantes escuelas de espiritualidad. Se entiende que el acompañamiento espiritual ofrecido por un creyente tiene como objetivo hacerse eco del Espíritu Santo que guía a las personas y a las comunidades. San Juan de la Cruz decía: “Adviertan los que guían las almas y consideren que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado de ellas”.

Cuando este acompañamiento pretende que la persona se deje guiar por Espíritu Santo hacia la unión con Dios mediante la transformación en Cristo, desarrollando un mayor compromiso por la humanización de este mundo, podemos hablar de dirección espiritual. El sacramento de la reconciliación ha sido el cauce de esta dirección espiritual en muchos momentos de la historia de la iglesia.

En el acompañamiento espiritual ocupa un lugar destacado el discernimiento espiritual que tiene como finalidad ayudar a la persona a encontrar la voluntad de Dios interpretando las mociones que vienen de Dios y las que no vienen de Dios. Está claro que el acompañamiento espiritual es hoy un medio importante para una pastoral juvenil evangelizadora. La personalización de la fe, el discernimiento cristiano y la elección vocacional son suficientes argumentos para destacar su importancia.

Pero la pastoral juvenil desarrolla otras mediaciones pastorales dentro de lo que llama acompañamiento pastoral como pueden ser el acompañamiento de grupos, agentes, familias, proyectos. La tradición pastoral de la Iglesia ha sido y sigue siendo extraordinariamente rica en propuestas de acompañamiento pastoral y se ha guiado siempre por criterios de pedagogía y de hospitalidad. Un capítulo destacado, en esta rica historia pedagógica y hospitalaria, lo podemos encontrar en los muchos proyectos educativos que ofrece hoy la pastoral en la Iglesia.

Mirando la realidad concreta de la pastoral juvenil que llevamos a cabo en España creemos que importante nombrar el documento sobre la Iniciación Cristiana, noviembre de 2015, de la Conferencia Episcopal Española, donde destaca como elementos fundamentales para dicha iniciación el acompañamiento y la mistagogía. En esta breve historia algo hemos dicho de todo esto.

3.2. *El acompañamiento pastoral en el magisterio de dos últimos Papas*

Llegados a este punto, y sabiendo que nos dejamos elementos importantes que destacar, queremos fijar nuestra atención en el magisterio que encontramos en los dos últimos Papas.

Benedicto XVI: llegar a lo íntimo de la persona

El Papa Benedicto veía urgente la educación en el siglo XXI. En concreto hablaba de una “emergencia educativa”. El Papa reconocía que en educación es fundamental la relación educativa que se establece entre el educador y el educando. Hablaba bellamente de la relación educativa como un “verdadero encuentro de dos libertades”.

Siguiendo este argumento, Benedicto reconocía que en la pastoral juvenil de los últimos años había prevalecido la opción por el grupo. Decía que esta opción responde tanto a la sensibilidad juvenil como al sentido comunitario de la Iglesia. Sin restar valor a esta opción, el Papa proponía la necesidad de dar mayor importancia a la dimensión íntima de la persona, a la personalización y el acompañamiento. Por eso habla de “encuentro de dos libertades”. O sea, que al final tenemos que intentar llegar a la persona concreta.

Francisco: pastoral del acompañamiento misericordioso

Por su parte, el Papa Francisco, en la *Evangelii Gaudium*, ofrece una rica doctrina sobre el acompañamiento. Utiliza dos criterios distintos.

En la primera parte de la exhortación, dice que acompañar es una de las acciones que tiene que hacer una Iglesia en salida. Las otras cuatro son: ‘primerear’, involucrarse, fructificar y festejar (EG 24). Este criterio es un criterio extenso. “La comunidad evangelizadora se dispone a acompañar. Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico” (EG 24). Sin duda que viene bien aplicar los famosos cuatro principios: el tiempo es superior al espacio (EG 222-225), la unidad prevalece sobre el conflicto (EG 226-230), la realidad es más importante que la idea (EG 231-233), el todo es superior a las partes (EG 234-237).

Pero, en la misma exhortación en el capítulo que dedica al anuncio del evangelio, tiene unos cuantos números donde utiliza un concepto más restringido para hablar de acompañamiento. Dejamos enunciados algunos de estos hermosos textos.

“La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este arte del acompañamiento...” (EG 169).

“Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad... El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomente este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre” (EG 170).

“Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír... de ahí que haga falta «una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio». Para llegar a un punto de madurez, es decir, para que las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia” (EG 171).

“Un buen acompañante no consiente los fatalismos o la pusilanimidad. Siempre invita a querer curarse, a cargar la camilla, a abrazar la cruz, a dejarlo todo, a salir siempre de nuevo a anunciar el Evangelio. La propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer” (EG 172).

“El auténtico acompañamiento espiritual siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora. La relación de Pablo con Timoteo y Tito es ejemplo de este acompañamiento y formación en medio de la acción apostólica. Al mismo tiempo que les confía la misión de quedarse en cada ciudad para «terminar de organizarlo todo», les da criterios para la vida personal y para la acción pastoral. Esto se distingue claramente de todo tipo de acompañamiento intimista, de autorrealización aislada. Los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros” (EG 173).

4. ***Las ramas donde cuelgan buenos frutos***

Llegamos al último punto de nuestra reflexión. La imagen del árbol que da fruto, que ha servido para organizar los argumentos, sugiere que ha llegado el momento de hacer propuestas para avanzar hacia una pastoral juvenil del acompañamiento. El proceso que hemos seguido nos ha ayudado a mirar la vida de los jóvenes con ojos creyentes, para poder comprender su vida, y también para hacer propuestas significativas. Estas son algunas de las propuestas que pensamos podrían ayudarnos.

4.1. ***Un modelo pastoral de hospitalidad, pedagogía y mistagogía***

En esta primera propuesta, planteamos un modelo pastoral entretejido por los hilos de la hospitalidad, la pedagogía y la mistagogía. El acompañamiento pastoral, en sentido extenso y en sentido restringido, encuentra en la red que forman estos tres hilos una sólida base de sustentación.

¿Qué ofrece la hospitalidad al acompañamiento pastoral? La hospitalidad ofrece algunas acciones de gran valor como son la acogida incondicional, la escucha paciente, la sensibilidad hacia el otro, la relación llena de humanidad, el objetivo de una salud integral. Hoy muchas personas tienen necesidad de ser escuchadas. Recordemos aquellas palabras del Papa Francisco: “Veo con claridad que lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla... Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental” (Razón y Fe n. 1.379).

¿Qué ofrece la pedagogía al acompañamiento pastoral? La pedagogía ofrece también algunas acciones como son partir desde donde se encuentra el joven, iniciar un camino, hacer un proceso, proponer metas y etapas, ayudar a pensar críticamente, haber recorrido el camino antes educador, educar en la fe.

¿Qué ofrece la mistagogía al acompañamiento pastoral? La mistagogía también ofrece acciones muy importantes como son despertar el deseo de la fe, hacer consciente de la propia interioridad, ayudar a conectar con las preguntas por el sentido, reconocer estar habitado por una Presencia, iniciar hasta la experiencia de Dios.

4.2. ***La persona del joven en el centro***

Hemos dicho, en estas páginas, que queremos acompañar a la toda persona, desde sus instancias más exteriores a las más interiores. Ponemos la persona del joven en el centro. Y, por eso, partimos de la persona allí donde se encuentre: situación actual, raíces, historia, sueños, virtudes, problemas. Ayudamos al joven a tomar la vida en las propias manos, ser uno mismo, asumir el riesgo de las propias decisiones, ser protagonista de la propia historia.

Detrás de esta opción hay unos educadores que miran positivamente a los jóvenes y que están convencidos de que Dios siempre nos busca allí donde estamos. Nuestra situación concreta siempre es el lugar donde Dios quiere encontrarse con nosotros.

4.3. ***Proponer el acompañamiento espiritual***

Toda pastoral que se precie de ser tal debe ser siempre propositiva. Lo nuestro es proponer, nunca imponer. Por eso creemos que nuestros proyectos pastorales quedarían muy enriqueci-

dos si nos atreviésemos a proponer el acompañamiento espiritual. Para ello debemos motivar para que acompañamiento porque bien sabemos que nadie es acompañado si no quiere ser acompañado.

En estas páginas hemos hablado de la personalización de la fe como un vector que debe recorrer una pastoral juvenil evangelizadora hoy. Esta pastoral se sustancia en la prioridad que hoy adquiere la Palabra de Dios en la pastoral juvenil, la centralidad de la oración y la importancia del acompañamiento espiritual.

“Hemos de ayudar a los jóvenes a que adquieran confianza y familiaridad con la Sagrada Escritura, para que sea como una brújula que indica la vía a seguir. Para ello, necesitan testigos y maestros, que caminen con ellos y los lleven a amar y a comunicar a su vez el Evangelio, especialmente a sus coetáneos, convirtiéndose ellos mismos en auténticos y creíbles anunciadores” (VD, 104).

La educación en la oración también debe ser un punto determinante en toda programación pastoral. Una de las mejores cosas que podemos hacer por nuestros jóvenes es acompañarles en la oración. Y podemos hacerlo ayudándoles a hacer experiencia de oración para que no sea cierto el dicho de que “sobre la oración sabemos todo, excepto orar”. La oración litúrgica, la lectio divina y la oración personal deberían ser algunas de nuestras preocupaciones pastorales. Orar juntos, orar creativamente, orar en libertad.

Vayamos con la tercera pata que hace que se sostenga el taburete de hemos llamado personalización en pastoral juvenil. Este momento de la historia caracterizado por la individuación invita a proponer una pastoral juvenil de acompañamiento espiritual, especialmente en las edades de jóvenes adultos. Bien es verdad que esto no este acompañamiento no se improvisa ya que hablamos de un carisma, que uno mismo ha experimentado y para el que se ha formado específicamente.

4.4. *Descubrir el carisma de acompañante*

Dios se esconde en los signos de los tiempos. Y uno de los signos de este tiempo es que muchas personas, muchas de ellos jóvenes, buscan progresar espiritualmente en su vida y, para ello busca la ayuda de testigos coherentes, que se convierten en acompañantes espirituales.

El Espíritu Santo está impulsando la historia y siguen también hoy dando carismas para estas nuevas funciones pastorales. No cabe duda que hoy el acompañamiento espiritual exige el carisma de acompañante. Un carisma es un don que se acepta, se desarrolla y se ofrece para el bien del pueblo de Dios.

Es cierto que no todo el mundo recibe este carisma para el acompañamiento espiritual. Pero, si miramos atentamente la realidad, podemos descubrir que este carisma lo reciben tanto sacerdotes, como religiosos y laicos. Hoy especialmente muchos laicos están llamados a ejercer esta función de acompañantes.

Una de las características de esta función es que la experiencia dice que solo quien se ha dejado acompañar podrá ser un buen acompañante. Haber sido discípulo hace posible que seas buen maestro. Por lo tanto, quien sienta la llamada al acompañamiento debe dejarse acompañar. Una cadena de acompañamiento recorrer la historia de la Iglesia.

4.5. *Ofertar una buena formación*

Por último, la última propuesta que proponemos es que para avanzar en esta dirección proponiendo y cualificando el acompañamiento espiritual debemos ofrecer una buena formación mediante escuelas de acompañantes.

Es cierto que el hemos hablado del carisma del acompañamiento, pero esto no exige de una buena formación teórico y práctica. La formación que proponemos debe ser intelectual, pero también espiritual; debe tener buenas bases psicológicas, teológicas, espirituales y pastorales. Hablamos de una formación que llegue a lo profundo de la persona. Una formación así no se improvisa.

El arte del acompañamiento es complejo, se requiere una formación profunda, pero sobre todo es un don de la misericordia de Dios que deja ver la maternidad de la Iglesia. En los últimos años han florecido importantes escuelas de formación de acompañamiento. Su fruto se dejará ver más pronto que tarde.

Equipo de Contenidos